

## LOS HISTORIADORES DE LA CIENCIA Y MICHOACÁN: NICOLÁS LEÓN Y ENRIQUE BELTRÁN\*

Juan José Saldaña

### Ciencia “provinciana” o ciencia “provincial”

La historiografía de la ciencia mexicana ha mantenido, hasta ahora, una mirada indiferente y a veces de menosprecio para con la actividad científica realizada en las provincias. Nuestra historia de la ciencia ha estado dominada por ese “centralismo” que desde antiguo ha estado presente en la historia mexicana, y en otras importantes expresiones de la vida nacional y no consideró a la ciencia provincial interesante al mismo título que la ciencia de la capital; tampoco imaginó la existencia en ella de particularidades dignas de ser estudiadas; ni, menos aún, elaboró marcos conceptuales capaces de interpretar la diversidad cultural que exhibe la actividad científica nacional. La ciencia de las provincias fue definida *por naturaleza* como “sufragánea” de la ciencia de la ciudad de México.

Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén introdujo, en el siglo XVII,

---

\* Conferencia magistral dictada el 25 de agosto de 1996, en el V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

semejante calificativo para justificar por qué no se ocuparía de los estudios superiores que se impartían en Puebla, Michoacán, Guadalajara, Oaxaca y otras ciudades en esa época.<sup>1</sup> Es decir, para el cronista de la real y pontificia universidad tales estudios, por quedar comprendidos en el ámbito jurisdiccional y caer bajo la autoridad de México, estaban subsumidos en y eran históricamente atendidos mediante la crónica de la actividad intelectual que tenía lugar en la capital del virreinato. Esta fórmula no se crea que era resultado de la pereza para investigar sobre lo que acontecía en las provincias, o una solución de ocasión para un texto hecho de forma apresurada sobre la vida universitaria de México; nada de eso, la *Crónica* la empezó a escribir el bachiller Cristóbal de la Plaza, la prosiguió su hijo el bachiller Cristóbal Bernardo de la Plaza, y fue terminada por su nieto el bachiller Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén. Se trató, obviamente, de una forma deliberada de ver las cosas que es indiferente para con lo que tiene lugar fuera de la capital.

Dos siglos después, Francisco A. Flores nos proporciona otro ejemplo de la misma actitud. En su monumental *Historia de la medicina en México*, compuesta de tres gruesos tomos, dedica, según su propio decir, tan sólo “dos palabras” a describir la enseñanza de la medicina y la farmacia en los estados en el siglo XIX. Y tal fue en efecto, lo que hizo, pues con la excepción de lo referente a Puebla y Michoacán, entidades a las que destinó seis y diez páginas respectivamente, a Oaxaca y Guadalajara dedicó media página a cada una, a Monterrey un tercio de página, y a San Luis Potosí, Zacatecas, Mérida, Pachuca y Chihuahua un único párrafo para referirse a todas estas ciudades. Para el caso de Michoacán sabemos que contó con el auxilio de un michoacano, el Dr. Nicolás León, para escribir la historia de ese estado, e ignoramos si alguna ayuda similar recibió para el caso poblano.<sup>2</sup>

Pero, apresuraríamos el juicio si de lo anterior extraemos como conclusión que es únicamente la falta de información la causa de que el historiador de la ciencia no se ocupe de la ciencia provincial. Aunque tal argumento sea con frecuencia esgrimido, otra es, en mi opinión, la verdadera razón de tal procedimiento.

<sup>1</sup> De la Plaza y Jaén, Cristóbal Bernardo. *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1931, tomo II, p. 6.

<sup>2</sup> Flores, Francisco A. *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta la presente*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886-1888, capítulo XLIV “Enseñanza de la Medicina en la República”, tomo III, pp. 203-221. Respecto de la colaboración de Nicolás León para la preparación de la parte referida a Michoacán, el propio Flores la consigna en el tomo I, p. XXXVIII.

El historiador, reconozcámoslo, realiza juicios de valor en su trabajo y ello se manifiesta tanto en las decisiones que toma sobre lo que constituirá el asunto de su escritura como en el tipo de fuentes de información que habrá de consultar. Ejemplo de ello es el propio Flores que acabamos de citar, quien en su conclusión sobre el mismo tema de la enseñanza médica, afirma: “Tales son las Escuelas con que actualmente se cuenta... y acaso mejor sería suprimir la mayor parte, y con sus economías pensionar a algunos alumnos á la Capital”.<sup>3</sup> Pero, no se vaya a suponer que en esta aseveración está presente algún tipo de aversión por parte de Flores hacia la provincia, a la cual él mismo pertenecía por haber nacido en Silao, estado de Guanajuato. La causa de tan definitiva opinión era, dice Flores, que “pocas de estas Escuelas llenan su objeto”. Ahora bien, preguntamos, ¿cuál es ese objeto? y ¿quién lo define?

Para el siglo XIX, el mencionado objeto de la enseñanza médica no era otro que el que encarnaba la medicina “científica” del periodo positivista, introducida en la ciudad de México hacia 1833 y consolidada a partir de 1870. Todo el tercer tomo de la obra de Flores está encaminado a probar documentalmente y con argumentos filosóficos la gradual instauración de dicho “objeto” en la escuela de Medicina de la ciudad de México. Y en cuanto a quien lo define, Flores nos dice que fueron los propios médicos capitalinos quienes juzgaron, a través de una comisión formada para tal fin, que únicamente en la ciudad de México podría ser cultivada la medicina científica de forma adecuada y con los medios suficientes.<sup>4</sup>

Es esta definición previa, acerca de lo que es la “ciencia legítima”, lo que guía habitualmente al historiador para no entretenerse relatando lo que ya ha quedado señalado como de poco o nulo valor frente a lo que se considera valioso. De esta manera, si los médicos de la capital habían estatuido que las escuelas provinciales de medicina son “Establecimientos que sólo existen de nombre, pero que *no cumplen ni pueden cumplir con su verdadero objeto*”,<sup>5</sup> entonces queda justificado que el historiador dedique tan sólo “dos palabras” a las escuelas provinciales. Pero, ¿realmente la ciencia provincial no cumple ni puede cumplir con su objeto? como se dice en la cita anterior. Son obviamente dos cosas diferentes el que no cumpla por motivos circunstan-

<sup>3</sup> *Ibid.*, tomo III, p. 221.

<sup>4</sup> Opinión de una Comisión de la Escuela de Medicina de la ciudad de México en 1855, citada por Flores. *Ibid.*, p. 203.

<sup>5</sup> Texto citado por Francisco Flores. *Op. cit.*, p. 204. Énfasis añadido.

ciales existentes en un momento dado, como pueden ser una precariedad en los recursos disponibles, la ausencia de información actualizada o de personal científico bien capacitado, la falta de equipos, laboratorios e infraestructura adecuados, u otros; y otra, distinta que la ciencia provincial no pueda cumplir absolutamente con las finalidades de la ciencia.

Una afirmación enfática de este tipo y en general, el prejuicio contra la actividad científica provincial, tiene su origen en un medio cultural y como parte de una tradición historiográfica que comete, creo yo, un yerro fundamental: el tomar siempre por “provinciana” a la ciencia provincial. Y si a la fecha poco es lo que se sabe sobre la ciencia provincial mexicana, ello hay que ponerlo en la cuenta de la definición del objeto de estudio que ha dirigido los trabajos de los historiadores de la ciencia nacional. Son verdaderas excepciones aquellos en los que no se ha excluido el estudio de la ciencia en el contexto local provincial.

Cuando el tema de lo provincial ha sido focalizado por parte de los pocos historiadores que sí lo han hecho, se puede advertir de inmediato la existencia de una ciencia que posee múltiples atractivos y cuyo conocimiento enriquecería nuestra historiografía. Los estudios de Nicolás León sobre la medicina, la cirugía y la obstetricia en Michoacán, de José Joaquín Izquierdo sobre los médicos poblanos Raudón y Montaña, y de Enrique Beltrán sobre las ciencias naturales en Michoacán, así lo evidencian. En ellos se percibe que los temas de investigación no están atados necesariamente a la grandiosidad de lo que queda aludido con palabras como “la ciencia” o la “ciencia universal”. De estas denominaciones cabe decir, más bien, que no pocas veces, o incluso tal vez siempre, su sentido les ha sido dado por -¡oh paradoja!- la ciencia local de la que han partido los estudios históricos cuyas conclusiones luego son generalizadas. Nada es más a propósito aquí que la receta, verdaderamente áurea para nuestro caso, del autor de los *Cuentos de la montaña*, el poeta y ensayista portugués Miguel Torga (1907-1994), la cual reza así: “lo universal es lo local sin paredes”.

Y si como corolario de esta certera expresión “toda historia es historia local”, y si la práctica de escarbar en las concepciones subyacentes al texto histórico no es una empresa vana sino de una utilidad práctica para el propio historiador, porque es aleccionadora en su propio trabajo; les propongo, entonces, que avancemos en la dirección de una metodología para la historia de la ciencia que nos permita proceder sin centralismos y capturar lo universal que está presente en lo particular o lo local.

Pero, por favor, no se alarmen. No vayan a pensar que pretendo desarrollar alguna nueva teoría antológica acerca de los universales, o resucitar viejas polémicas sobre si son éstos meros *flatus vocis* o entes. Aunque en el empeño de comprender a la ciencia nacional hay cuestiones bastante complejas de orden lógico y filosófico, creo, sin embargo, que debemos ante todo aprender de nosotros mismos; lo que en el presente contexto quiere decir aprender de los estudios hechos en y sobre la provincia.

Me interesa analizar dos soluciones al tema de lo provincial dentro del manejo del espacio escritural de la historia de la ciencia. Fueron elaboradas por dos distinguidos historiadores de la ciencia michoacana: Nicolás León y Enrique Beltrán, michoacano el primero, y capitalino el segundo.

### Las cosas de la tierra

Nicolás León nació en la actual Quiroga, estado de Michoacán, en 1859 y murió en Oaxaca en 1927. Estudió medicina en el Colegio de San Nicolás graduándose en 1883. Fue el fundador del Museo Michoacano y el director-fundador de los *Anales*, publicación de este establecimiento. De Nicolás León resulta imposible referir en el marco de una conferencia su biografía científica y su bibliografía, que es inmensa, y caracterizada por múltiples entrecruzamientos temáticos en los campos de la bibliografía, arqueología, antropología, historia, historia de la medicina, botánica, lingüística, entre otros, y que lo ubican como un precursor en varios campos, pero particularmente en el de los estudios sobre la cultura michoacana. Existen, por fortuna, estudios sobre la obra de León que el interesado podrá consultar con provecho.<sup>6</sup>

En lo que sigue me ocuparé de los escritos en que trata León de la historia de la ciencia en Michoacán, y de ellos sólo lo referente a sus conceptos

<sup>6</sup> Véanse, entre otros: Pablo Vázquez Gallardo. *Estudios bibliográficos sobre el doctor Nicolás León*. México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; Germán Somolinos D'Ardois. "El doctor Nicolás León, historiador médico de México", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. México, 1959; M. Maldonado Koerdell. "El doctor don Nicolás León como naturalista", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, 1959; Enrique Beltrán. *Las ciencias naturales en Michoacán*. Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1984, IV ("Nicolás León y el Museo Michoacano").

historiográficos, la mayor parte de las veces subyacentes al texto, sobre la ciencia provincial.

Fue en 1886, cuando León publicó su primer trabajo de historia de la medicina en referencia a Michoacán. Poco después, editó dos cortos trabajos más, sobre la historia de la cirugía y de la obstetricia en Michoacán. En 1895, publicó *Biblioteca botánico-médica* en la que aparecen algunas cortas notas biográficas, bibliográficas e históricas sobre temas michoacanos. En 1910, publicó *La obstetricia en México*, libro en el que hace también algunas referencias a su estado natal. De entre su amplia producción antropológica y lingüística también es posible destacar la existencia de algunos trabajos sobre temas de historia de la ciencia entre los tarascos, como son los relativos al calendario que utilizaban y a la aritmética, y de historia de la medicina como los obstétricos, las mutilaciones dentarias y otros.

Poco es lo que se ha escrito sobre las motivaciones que llevan a los historiadores a ocuparse de un cierto tema, y menos aún en lo que a la ciencia provincial se refiere. Enrique Beltrán, refiriéndose a los estudios históricos sobre la ciencia y la medicina en Puebla realizados por José Joaquín Izquierdo, señala que este autor dedicó estudios a Montaña, Raudón y Carpio movido por “su interés por Puebla”, habida cuenta de que el ilustre exvicepresidente de nuestra sociedad nació en ese estado y ahí inició sus estudios.<sup>7</sup> Hace notar igualmente que la biografía que escribió Izquierdo de su ancestro Raudón la realizó en una ocasión “para recordar amorosamente a la patria chica” y que las historias del Colegio del Estado, el Hospital de San Pedro y la Academia Médico-Quirúrgica de Puebla, fueron una forma de no olvidar a su *Alma Mater* poblana.<sup>8</sup>

El “amor por Puebla” es pues, la principal motivación que Beltrán detecta en su ilustre contemporáneo para haber llevado a cabo sus estudios históricos sobre la actividad científica poblana y elaborar biografías de sus personajes. Pienso que algunos les podrá parecer romántico, localista o hasta chauvinista el historiador que se deja llevar por tal impulso en la selección de sus temas de investigación. Sin embargo, bien vistas las cosas, autores como los que estamos considerando aquí se encuentran completamente lejos de tal suposición nuestra; más bien se debe afirmar lo contrario. Son historiadores

<sup>7</sup> Beltrán, Enrique. “José Joaquín Izquierdo. Facetas de un gran mexicano”, en: *Anales de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología*, N° 4, pp. 35-57.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 44.

que encontraron en sus temas de estudio elementos trascendentes a las peculiaridades de su localidad, sin ser por lo tanto indiferentes a ellas. Para la historia de la ciencia los casos singulares de este tipo son de indudable valía pues a través de ellos se han captado aspectos, dimensiones y modalidades de la actividad científica que son típicos de la práctica científica entendida como experiencia social y humana, y no obligatoriamente conformada a los modelos provenientes de otras experiencias como las europeas que son ellas también particulares.

El célebre historiador de la medicina Max Neuburger, en el prólogo que escribió para *Raudón, cirujano poblano de 1810*, se expresa en términos que encuentro afines con lo que acabo de señalar: “En oposición a tantos otros historiadores, Izquierdo está libre de prejuicios nacionalistas, pero es un ardiente patriota, y precisamente por ello, sin interrupción se ha esforzado porque en México se realice una reforma fundamental de la Fisiología (...) La historia de la vida del cirujano Raudón, constituye tan sólo el eje, en derredor del cual se desarrolla un panorama, que ofrece a la mirada del lector aspectos del saber médico, de la práctica médica y quirúrgica, de las condiciones del medio civil hospitalario, y de las actividades de una de las más antiguas facultades y escuelas médicas mexicanas”.

El apego y el amor a la tierra en que el individuo nació y se formó es también para Nicolás León un incentivo en su trabajo como historiador de la medicina michoacana. También es fundamental en actividades que realizó, como fueron la creación del Museo Michoacano (1886) y la publicación de los *Anales del Museo Michoacano* (1888).

En la abundante y muy interesante correspondencia que León mantuvo con Joaquín García Icazbalceta, entre 1883 y 1894, sobre diversos temas bibliográficos e históricos, he observado que con frecuencia nuestro autor se declara un defensor y un procurador de lo que él llama “nuestra historia patria”, o también estudios sobre las “cosas de la tierra”. La manera incluso apasionada con que lo hace lo llevó a afirmar en 1892, en ocasión del envío a España de la Sección de Arqueología del Museo Michoacano -a causa del IV Centenario colombino- lo siguiente: “sentí ganas como de llorar al ver perdido para mi Estado el fruto de afanosas labores e ímprobos trabajos”.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Bernal, Ignacio. *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. 218, 229 y 276.

Varios años atrás, en 1884, expresaba que consideraba un deber suyo el defender los temas michoacanos: “Qué mal están tratando señor Don Joaquín nuestra Historia de Michoacán, los señores de *México a través de los siglos*?”. Si bien en ese momento se siente desprovisto de los medios para reaccionar, pero convencido de tener razón y documentos que lo avalan, no duda en pedir la ayuda de su corresponsal: “Por acá no tenemos, (dice), ...ni un papelucho en que escribir contra semejantes barbaridades y observaciones que dizque (obtuvo) Riva Palacio cuando militó, ¡huyó!, por Michoacán; escriba usted que es tan sabio y competente, algo acerca de eso”.<sup>10</sup>

En toda la obra de Nicolás León se percibe una permanente preocupación por contribuir a la difusión y valorización de las partes menos conocidas o de plano desconocidas de la historia local o nacional. Su importantísima labor como bibliógrafo y editor debe ser tomada en cuenta al lado de sus trabajos históricos. Se trata de un patriotismo científico y cultural que en León se manifiesta en su predilección por los temas provinciales de Michoacán, y por los nacionales también. Por ello, cuando el infortunio y la desazón hacen presa de él en una vida de altibajos como la de León y llena de obstáculos para la que considera su misión, dirá: “Son tales mi decepción y desaliento que puedo darme por muerto para el americanismo”.<sup>11</sup>

No obstante, siempre halló los medios para sobreponerse y lo encontraremos una y otra vez batallando para seguir su camino, por ejemplo, escribiendo en 1910 *La obstetricia en México*, la cual dedica “A mi Patria, en el glorioso Centenario del inicio de su Independencia”. En el prefacio justifica la necesidad de obras como ésta, diciendo: “Tiempo ha que al leer la *Historia de la Obstetricia* del Profesor von Siebold sentí gran tristeza al no ver, ni mencionado, el nombre de México”, y se pregunta para contestar inmediatamente: “Cómo remediar este mal?; escribiendo una obra expofeso (...) Este es mi propósito con este librito”. Quienes conocen este libro saben bien que está muy lejos de ser un simple conjunto de notas, o un librito como dice León con excesiva modestia. Este trabajo consta de 748 páginas impresas en letra menuda, el cual fue preparado a lo largo de treinta años de investigación.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 27-28.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p.286.

## La ciencia local es producto local

Los historiadores habitualmente no han comprendido esta motivación patriótica que acompañó a León durante toda su vida. Los *Apuntes para la historia de la medicina en Michoacán*, obra primeriza de León publicada en 1886, pero de gran originalidad y trascendencia, fue calificada por Germán Somolinos D'Ardois como trabajo "con sabor bastante provinciano".<sup>12</sup> En mi opinión, Somolinos cometió con ello un error de apreciación. Ciertamente Somolinos tuvo otras palabras de elogio para León y llegó a considerarlo el creador del oficio histórico-médico en México, pero estas palabras fueron para los trabajos que publicó en historia de la medicina posteriores a 1910 en los que León se ocupa de temas "nacionales", con lo cual deja ver que no tuvo idea de lo que significaba la ciencia provincial en la obra de León. Por el contrario, el reprochado "provincianismo" de los *Apuntes*, constituye a mi modo de ver el mayor mérito de ese opúsculo de León, pues fue el interés por la ciencia provincial -que no provinciana- lo que abrió una veta de investigación que se revelaría fructífera -si bien no en lo inmediato- para la comprensión a un tiempo de la singularidad de la ciencia michoacana y de la diversidad cultural de la ciencia en México.

Por otra parte, este primer estudio histórico de la ciencia michoacana de León, al igual que otros que realizó en ámbitos disciplinarios diferentes hicieron de él, el descubridor de las raíces culturales de Michoacán, lo cual le ha sido generalmente reconocido.<sup>13</sup> A ello podemos agregar ahora que descubrió también a la cultura científica de la provincia y ello no es pequeña cosa.

Los *Apuntes* están divididos en tres partes, tratando la primera de los tiempos precolombinos a la Independencia; la segunda de la Independencia al año 1875 y la tercera, que fue publicada por separado en dos trabajos cortos, de la historia de la cirugía y la obstetricia en Michoacán. Un importante apéndice documental e iconográfico fue incluido también.

De entrada, León advierte lo siguiente: "Como en todo lo referente a Michoacán, carecemos aún de los más insignificantes datos para juzgar y dar a conocer el ejercicio y conocimientos que en el arte de curar poseían los

<sup>12</sup> Somolinos, Germán. *Op. cit.*, p.48.

<sup>13</sup> Arriaga Ochoa, Antonio. "El Dr. Nicolás León y el Museo Michoacano", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 12, México, INAH, 1959, p. 34.

tarascos’’. Y con esta declaración aparece el primer elemento metodológico saliente de este trabajo. Recuperar para la historia una porción del pasado para luego relacionarla con otra que normalmente no había sido asociada: se trata de las dos culturas médicas que en su época y aún en la nuestra, estuvieron vigentes en Michoacán. Con ello nos muestra que los saberes y prácticas sanitarias han sido utilizados por la población nativa de estas tierras y por la que llegó después de una manera diferenciada, pero también con mestizaje cultural. Hechos que así presentados están muy lejos de ser triviales para la historia de la medicina y la de otros saberes asociados como el botánico. Nos hablan de situaciones y de actores no considerados hasta entonces como protagonistas de la historia de la medicina, como bien se encarga el propio León de ponerlo de manifiesto. Esto podrá comprenderse mejor si se le compara con las narraciones etnocéntricas comunes en aquella época -y aún en la nuestra- que hacían omisión de la diversidad y de la unicidad a la vez, de las experiencias que encontramos en la cultura científica de diferentes sociedades.

La narración de León continúa mostrándonos otro aspecto muy importante y desconocido entonces: que la ciencia local es un producto local. A partir de esta tesis en el texto de León van apareciendo personajes, instituciones, legislación, disciplinas, textos, laboratorios, instrumentos y otros aspectos de la ciencia que son generados localmente por, dice nuestro autor, la acción de “los beneméritos hijos (del Colegio de San Nicolás)”<sup>14</sup> y de otros agentes locales que pertenecen a diferentes sectores de la sociedad michoacana. El alcance de este pronunciamiento historiográfico creo que no ha sido todavía suficientemente asimilado por los historiadores de la ciencia, quienes aún consideran a la ciencia como ajena a las condiciones sociales locales, y la difusión de ésta como una transmisión osmótica entre centro y periferias.

Un ejemplo de ello es la forma como León asigna un papel explicativo a las vicisitudes de la política local, o a la presencia o la ausencia de medios materiales, a la ideología “liberal” o “españolizante”, entre otros. Para este autor se trata de hechos sociales que afectaron positiva o negativamente los sucesivos intentos por dotar a Michoacán de una Escuela de Medicina en la época colonial y en el siglo XIX. Son también interesantes sus comentarios respecto de la migración de jóvenes provincianos a la capital para la

---

<sup>14</sup> León, Nicolás. *Apuntes para la historia de la medicina en Michoacán*. 1886, p. 114.

realización de sus estudios que no pueden hacer localmente; o bien, sus observaciones sobre el esfuerzo que despliegan algunos individuos para conseguir domiciliar en este caso la medicina en la localidad, lo cual nos habla de una tradición y una cultura de pequeños grupos interesados *malgré tout* en la ciencia. En cuanto al papel que tienen las circunstancias locales hay una clara comprensión, pues dice, por ejemplo: “¡Cuán cierto es que sin las propicias circunstancias y sin teatro apropiado el mérito se ofusca! Esto pasó con nuestro mencionado maestro que, de haber residido en México, habría sido, por sus desarrolladas facultades e instrucción, un Vértiz o un Jiménez, y en Europa, un Nelatón o un Grisoll, pues era tan sabio médico, cuanto hábil cirujano”.<sup>15</sup>

Hasta antes de este interesantísimo trabajo la diversidad científica del país era concebida únicamente en el plano geográfico y en el de la fauna, flora y clima que eran estudiadas, y desde el punto de vista humano en el lingüístico y de las artesanías. Pero, para la mirada de nuestro autor la diversidad es también social y cultural. Sus raíces michoacanas no lo llevan a considerar tan sólo la diversidad natural (aunque se ocupó extensamente de la flora de la región y de los botánicos que la estudiaron), sino a las distintas modalidades de la actividad científica realizada en Michoacán en diferentes épocas y bajo diferentes condicionamientos impuestos por las realidades sociales locales.

En trabajos posteriores, Nicolás León acometió empresas mayores como la de documentar bibliográficamente la historia de la ciencia mexicana. A este fin dedicó varias obras como la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* que empezó a publicar en 1890, la *Biblioteca botánico-mexicana* de 1895 y la ya citada *La obstetricia en México*. En estos dos últimos trabajos particularmente acompañó la información bibliográfica con notas históricas y biográficas, incluyendo regularmente informaciones sobre textos y personajes michoacanos como Juan José Martínez de Lejarza y Pablo de la Llave, o bien sobre la presencia en territorio michoacano de naturalistas extranjeros como Humboldt y Bonpland.

En *La obstetricia en México*, incluyó igualmente notas bibliográficas concernientes a obras michoacanas sobre el tema y referencias a la obstetricia tarasca, a médicos, parteras e inventos obstétricos michoacanos. También aparecen en esta obra una decena de interesantes notas sobre las escuelas de

---

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 210.

medicina en los estados, para los casos en que no logró disponer de información deja una página en blanco para señalar la ausencia. La nota referente a la Escuela de Medicina en Michoacán es la más extensa y con informaciones no contenidas en su obra anterior sobre la medicina en Michoacán.

Podría decirse que en estos trabajos la mirada de León se extiende ahora al conjunto de la ciencia nacional sin dejar por ello fuera, y esto es lo importante, a la ciencia provincial. Podríamos concluir diciendo que para León las historias particulares de la ciencia de las provincias y de la capital se integran para formar algo más general. Este será el nuevo método que él inaugura en la historiografía de la ciencia nacional. Esto, repito, constituye el mayor mérito de la obra de Nicolás León en nuestro campo y su significado para la actualidad.

### **El rigor historiográfico reclama el tema provincial**

Enrique Beltrán nació en 1903 y murió en 1994 en la ciudad de México. Hizo estudios de ciencias naturales en la Universidad de México y se doctoró en Biología en los Estados Unidos, en 1993. La biografía científica de Beltrán y su bibliografía son igualmente extensas.<sup>16</sup> La que se refiere a la historia de la ciencia comprende más de cien títulos entre artículos, conferencias y libros. En 1962 Beltrán publicó cinco breves ensayos sobre personajes de la ciencia michoacana o de incidencia en ella (Francisco Hernández, Clavijero y Lejarza, Melchor Ocampo, Nicolás León, Dugés y Martínez Solórzano) bajo el título *Las ciencias naturales en Michoacán*. Sólo en estos trabajos se ocupó Beltrán de la ciencia provincial, y el Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita que los reeditó en 1984 los calificó de “excelente esbozo” de la historia de la ciencia en Michoacán.<sup>17</sup>

En otro sitio he expresado que considero al doctor Beltrán el más importante historiador de la ciencia mexicana de este siglo. A su trabajo de

<sup>16</sup> Existe una autobiografía de Enrique Beltrán que contiene la bibliografía hasta 1977 de este autor. Enrique Beltrán. *Medio siglo de recuerdos de un biólogo mexicano*. México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia, 1977.

<sup>17</sup> Beltrán, Enrique. *Las ciencias naturales en Michoacán*. (Biblioteca de Científicos Nicolaitas No. 3) Morelia, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Gobierno del Estado, 1984.

investigador supo agregar el compromiso con la disciplina y el haber sido el constructor de la actual comunidad de especialistas en el tema. Lo cual, en nuestro medio, es una tarea impropia como todos sabemos. En esta oportunidad quisiera destacar un aspecto solamente de la contribución de Beltrán a la historiografía de la ciencia nacional, la referida al papel de la ciencia provincial dentro de la misma.

Don Enrique, era un capitalino al que no podemos adjudicarle sentimientos que lo hicieran proclive al tema provincial. Más bien creo que él disfrutaba su vida en la gran urbe a la que inclusive dedicó un estudio, en 1958, pero no de carácter histórico sino ecológico intentando prevenirla sobre su inevitable deterioro ambiental.<sup>18</sup>

¿Qué llevó entonces a Beltrán a ocuparse de temas de la ciencia provincial? Podríamos suponer que su amistad con algunos científicos michoacanos como Manuel Martínez Báez o Ignacio Chávez lo inclinaron a ello; o bien, el hecho de que la Universidad Michoacana le otorgara en 1965 el Doctorado en Ciencias *Honoris causa*, lo hizo sentirse obligado a corresponder a esta institución con este grupo de estudios sobre algunos científicos michoacanos. Ambas suposiciones no pueden ser convincentes puesto que amistad mantuvo con científicos de diferentes partes del país y fueron varias las universidades que lo honraron con doctorados y otras distinciones académicas, sin que por lo tanto dedicara estudios históricos de la ciencia como los mencionados.

Creo sí, que sus múltiples nexos con Michoacán y la admiración que sentía hacia algunos personajes por él historiados pueden haber influido en su decisión de ocuparse de Michoacán, pero no en la de hacer estos estudios sobre la ciencia provincial. Una diferencia significativa con el caso de León es que en Beltrán no era “visceral” su apego a la tierra provinciana, máxime que él pertenecía a una ciudad en donde se difumina con facilidad, por su carácter cosmopolita, el sentimiento “telúrico”. En Beltrán existía, eso sí, un acendrado patriotismo que no es ajeno a su interés por la historia mexicana y no sólo de la ciencia, sino en todos sus ramos. Pero la cuestión antes formulada tiene que ver, según lo pienso, más bien con una convicción racional; tiene que ver con la disciplina de la que es un profesional. Para Beltrán la ciencia provincial era parte de la ciencia mexicana y por lo tanto no podía ni debía ignorarla.

---

<sup>18</sup> Beltrán, Enrique. *El hombre y su ambiente. Ensayo sobre el Valle de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

La respuesta nos la da en parte el mismo Beltrán en una conferencia que impartió en 1982 en el Congreso Nacional de Zoología realizado en Mazatlán, Sinaloa y que llevó por título “Diez estampas de la Zoología mexicana”.<sup>19</sup> Luego de presentar sumariamente la evolución en México de los estudios zoológicos desde el pasado remoto hasta el presente siglo, Beltrán introduce un apartado que llama “La provincia”, en el que afirma: “Las Estampas anteriores han girado fundamentalmente alrededor de la capital de la República por el tremendo centralismo que con tanto éxito iniciaron los aztecas; y los españoles consolidaron con la omnimoda autoridad del Virrey, que no logró quebrantar el tardío experimento de las intendencias, elaborado por Gálvez.

En el México Independiente hubo muchas luchas continuas entre centralistas y federalistas, que no terminaron hasta 1857 con el triunfo de una Carta Magna que lo consigna en su nombre: Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Pero pese al propósito enunciado, continúa la influencia centenaria de la centralización, que hoy ejemplifica la monstruosa zona metropolitana del Valle de México. Hemos llegado a un punto en que por un proceso centrípeto, no hay otra solución que la fragmentación, proceso centrífugo. Clara demostración de un fenómeno dialéctico”.

Observemos que el llamado de Beltrán para “ir” a la provincia y acabar con el centralismo es el resultado de una convicción surgida en él después de observar la evolución histórica del país.

Hablando, más adelante, de las ciencias biológicas elogia los esfuerzos que los biólogos estaban llevando a cabo para extender los estudios de Biología fuera de la capital. Pero, observa que: “La centralización no sólo se manifiesta por la escasez tradicional de personas que en los Estados cultiven las ciencias biológicas, sino también, desgraciadamente, por la falta de información que en el Distrito Federal tenemos sobre lo que nuestros colegas de los Estados hacen y publican”.

También escasean seriamente fuentes de consulta al respecto. “Creo que el único estado del cual se ha escrito es Michoacán, al que en 1962 dediqué un pequeño libro sobre el desenvolvimiento de las ciencias naturales en la Entidad”. Tal libro es el que antes he citado.

---

<sup>19</sup> Beltrán, Enrique. *Diez estampas de la zoología mexicana*. Mazatlán, Escuela de Ciencias del Mar, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1983.

En la parte final de este breve apartado el autor refiere en algo más de una página los de estudios biológicos realizados en Michoacán, Puebla, Guadalajara, Nuevo León y Veracruz durante el siglo XIX. Concluyendo en los siguientes términos: “Los magros datos que esta estampa ofrece, muestran que la zoología no ha tenido grandes oportunidades de desarrollarse en la provincia; aunque hoy, afortunadamente, parece que la situación está mejorando. Cuánto impulso pueda brindársele será valiosa aportación”.

En estas breves indicaciones del doctor Beltrán pueden percibirse sus motivaciones para acudir al ámbito provincial. Se trata de un terreno que ha sido descuidado por causa del centralismo que tradicionalmente ha conocido el país y los historiadores de la ciencia deben considerarlo en sus reconstrucciones del pasado. La falta de información, por otra parte, ha sido en la principal dificultad para la incorporación de tales regiones a la historia de la ciencia nacional.

Para finalizar, deseo señalar que estos magros antecedentes, para utilizar la misma expresión empleada por el Dr. Beltrán, de la historiografía mexicana sobre la ciencia provincial, a pesar de ser tan limitados son de gran importancia para nuestros trabajos. Se trata de una senda que fue señalada hace algo más de cien años por Nicolás León pero que no ha tenido casi transeúntes. Con los instrumentos analíticos que ahora poseemos, sin duda los estudios provinciales que se emprendan habrán de mostrarnos una imagen nueva y vigorosa de la ciencia y sus actores tanto locales como externos.